

# CANCION ESTELAR

## FRED SABERHAGEN

*Las historias de Los Asesinos parecen gozar del favor de nuestros lectores. La que hoy traemos a estas páginas no corresponde a un tema original: ya fue contada en los tiempos de la antigua Grecia... y en la Inglaterra medieval, y en el siglo XIX, y en el cine por Jean Cocteau... Es, simplemente, la historia de Orfeo, que subsistirá mientras dure la Humanidad.*

Abrirse paso a través de la nebulosa oscura de Taynarus les costó a los humanos tres naves de combate y, después, las bajas de una batalla de tres días, cuando sus partidas de abordaje pelearon para llegar al Infierno. El Comandante de la fuerza temió, desde el principio de la acción hasta el final, que la computadora al mando del bando de los Asesinos lo devastaría todo junto con los invasores vivientes, en un Gotterdammerung final de cargas destructoras. Pero podía esperar que los proyectos de moderación de campo que sus hombres llevaban a la lucha impidieran explosiones nucleares. Envió hombres a bordo porque se creía que el Infierno encerraba prisioneros humanos vivos. Sus esperanzas resultaron justificadas; por lo menos no hubo explosión nuclear, por la razón que fuese.

Las noticias sobre prisioneros no fueron fáciles de confirmar. Ercul, el psicólogo cibernético que vino a investigar cuando terminó la lucha, encontró humanos. En cierto modo. En parte. Organos sueltos que funcionaban, relativamente, interconectados con lo no humano y lo no vivo. La mayor parte de los órganos eran cerebros humanos que habían sido cultivados por medio de técnicas tomadas por los Asesinos junto con algunas naves hospital.

Nuestros laboratorios humanos obtienen los cerebros cultivados de siembras de tejido embrionario, los hacen crecer a tamaño de adulto y luego los disecan cuando lo necesitan. Por ejemplo, un doctor extrae un lóbulo prefrontal y lo coloca en el cráneo de un hombre cuya parte cerebral correspondiente ha sido destruida por alguna enfermedad o por un acto violento. El material de cultivo cerebral sirve como matriz para la regeneración, como una materia prima en la que la personalidad antigua puede reimprimirse a sí misma. Los cerebros de cultivo, criados en frascos de vidrio, no son humanos desarrollados normalmente, por la visible ausencia de las circunvoluciones superficiales más finas. Los cerebros de cultivo no pueden ser humanos en el sentido

de mantener mentes humanas con sensaciones. ciertas hormonas y otros sutiles productos químicos del cuerpo son necesarios para que se desarrolle un cerebro con personalidad, sin contar la necesidad de los estímulos de la experiencia, el impacto continuo de los sentidos. En realidad, es necesaria la entrada de algunas sensaciones si el cerebro de cultivo quiere desarrollarse al menos hasta el estado de estructura básica, empleable por un cirujano. Para esto suele usarse la música.

Sin duda, los Asesinos habían aprendido a cultivar hígados, corazones y gónadas del mismo modo que cerebros, pero lo único que les interesaba profundamente era la capacidad pensante del hombre. Los Asesinos se debían haber quedado en el estado que, en una computadora, fuera análogo a la admiración, al considerar la capacidad memorística y el poder de tomar decisiones que la naturaleza había conseguido compactar en los escasos cientos de centímetros cúbicos del sistema nervioso humano.

Algunas veces, durante la larga guerra con los hombres, los Asesinos habían tratado de incorporar cerebros humanos a sus propios circuitos. Nunca habían obtenido éxitos que les satisficieran, pero lo seguían intentando.

Los Asesinos, por supuesto, no daban nombres a nada. Pero los hombres no se equivocaban mucho al llamar a este centro de sus investigaciones el Infierno. Este Infierno estaba escondido en el centro de la nebulosa oscura de Taynarus, que a su vez ocupado aproximadamente el centro de un triángulo formado por los sistemas de Zitz, Toxx y Yaty. Hacía años que los hombres sabían qué era el Infierno y conocían su situación aproximada, pero tuvieron que reunir una fuerza armada suficiente en esa parte de su sector de la galaxia para entrar, encontrarlo y arrasarlo.

—Certifico que en este recipiente no hay vida humana—dijo el psicólogo cibernético, Ercul, en voz casi inaudible, al tiempo que marcaba las palabras en la caja de glasita.

El asistente de Ercul hizo un gesto; los hombres que trabajaban con ellos quitaron las conexiones de energía y dejaron que la cosa del tanque empezara a ahogarse.

Este no era un cerebro de cultivo; había pertenecido al sistema nervioso de un prisionero vivo. Había sufrido grandes daños al ser separado de su cuerpo humano y conectado a una masa de aparatos electrónicos y micromecánicos. Por un programa de entrenamiento, probablemente combinación de castigo y recompensa, el Asesino había enseñado después a este cerebro a realizar ciertas operaciones de computación a gran velocidad y con pocas probabilidades de error. Parecía que cada vez que terminaban los cálculos, el mecanismo incluido con el cerebro en la caja colocaba inmediatamente todos los contadores en cero y presentaba los mismos datos, haciendo recomendar nuevamente la tarea del cerebro. Ahora parecía incapaz de otra cosa que no fuera continuar su trabajo. Y si eso era en realidad algún tipo de vida humana—posibilidad que Ercul no iba a admitir en voz alta—en su opinión pertenecía a un tipo que era mejor terminar cuanto antes.

—¿El caso siguiente?—preguntó a los hombres.

Entonces se dio cuenta de que acababa de hacer un horrible juego de palabras sobre su papel de juez. Pero ninguno de sus compañeros en el saqueo del Infierno pareció notarlo. Unos pocos días más haciendo ésto, pensó, y encontraremos de qué reírnos.

De todos modos, tenía que continuar su tarea de intentar distinguir prisioneros rescatados—ya había confirmado dos que algún día tal vez parecerían humanos—entre las colecciones de órganos embotellados que más o menos funcionaban.

Cuando le trajeron la caja siguiente pasó un mal rato, incluso en un día como aquel, al reconocer un trabajo suyo.

La historia había comenzado hacía más de un año patrón en el planeta de Zitz, no muy lejano, en un gran salón decorado para una feliz ocasión.

—¿Feliz, cielo?—preguntó Ordell Callison a su novia cuando tuvo un momento para tomarle la mano y hablar con ella en el tumulto de la fiesta de bodas.

No tenía duda alguna de su felicidad; las banales palabras fueron las únicas que se le ocurrieron, a menos, claro, que se pusiera a cantar.

—¡Oh, sí, feliz!

En ese momento Eury no estaba más elocuente que él. Pero la verdad de sus palabras aparecían en su voz y en sus ojos, maravillosos como una canción que Ordell podría haber compuesto y cantado.

Por supuesto, no le iban a dejar que se fuera, incluso en su luna de miel, sin cantar por lo menos una canción.

—¡Canta algo, Ordell!

Era Hyman Bolf quien se lo pedía, al otro lado de la enorme mesa del banquete, mientras llenaba una copa de la ponchera de chistal. El afamado apostol multiconfesional había venido desde el sistema de Yaty para realizar la ceremonia. Al aterrizar, su nave privada había sufrido alguna avería extraña; la lámpara de hidrógeno soltó tales llamaradas que el humo de los aislantes quemados hizo que el reverendo saliera de la cabina llorando, con los ojos irritados; pero después de aquel mal augurio, todo había ido bien el resto del día.

Otras voces corearon enseguida:

—¡Canta, Ordell!

—Sí, tienes que cantar. ¡Canta!

—Pero se trata de mi propia boda, y no siento...

Los gritos ahogaron sus objeciones.

El hombre era música, y su felicidad en este día era tanta que sentía que podía estallar si no la expresaba. Se levantó; uno de sus sirvientes de más confianza, que había previsto que Ordell cantaría, tenía dispuesto ya el instrumento de su invención. Dentro de una cajita que Ordell podía colgarse al cuello como un acordeón había un sistema completo de altavoces y fuentes de energía, además de partes acústicas y electrónicas; en la lisa superficie de la caja se veían diez puntos para los dedos de Ordell. La llamaba su caja de música, por darle algún nombre. Sus imitadores habían hecho construir cajas de música mejores, más grandes y más lujosas, pero muy pocas personas, incluso entre las chicas de doce a veinte años, querían escuchar a los imitadores de Ordell.

De modo que Ordell Callison cantó en su propia boda y los asistentes quedaron prendados como siempre, como con ningún otro artista en toda la historia registrada del hombre. Los eruditos críticos musicales estaban arrobados, en sus sitios de honor a la cabecera de la mesa; las personas adineradas, cultas y no tan cultas, de Zitz, Toxx y Yaty, algunas de las cuales habían llegado en sus naves privadas de carrera, al igual que los invitados menos preeminentes, todos se alegraron con su canción como no lo habrían hecho con vino alguno. En cuanto a las adolescentes, las admiradoras de Ordell que se agolpaban a las puertas, se rindieron ante la música hasta el desmayo.

Unas semanas más tarde, Ordell y Eury y sus nuevos amigos de los últimos años de éxito y riqueza salieron al espacio en sus naves deportivas individuales, a jugar a lo que llamaban Tag. Esta vez Ordell jugaba al revés, esquivando en un rincón del volumen de espacio reservado, tratando realmente de evitar a las naves de las chicas en vez de perseguirlas.

Se había mantenido atento buscando la nave de Eury y empezaba a ponerle nervioso no encontrarla, cuando otra nave se acercó a toda velocidad, como salida de la nada, con señales de emergencia brillando en todo el espectro. Al minuto siguiente todos habían dejado de jugar. Las pantallas de todas las naves reflejaban la cara de Arty, el joven que acababa de frenar junto a Ordell.

—Lo intenté, Ordell—balbuceó Arty— ...quiero decir, no fue mi intención... no quería hacerle daño... la traerán... no fue culpa mía...

Con gran lentitud, se fue aclarando la verdad de lo que había sucedido. Arty había perseguido y adelantado a la nave de Eury, según las reglas del juego. Había fijado su nave a la de ella y abordado, con idea de reclamar el premio acostumbrado. Pero Eury estaba casada ahora y para ella el matrimonio significaba mucho, igual que para Ordell, que en ese día no había hecho más que fingir que perseguía a las chicas. Los dos habían creído que todos los demás tenían que ver como había cambiado el mundo desde su boda, como habría que cambiar para ellos las reglas del juego de allí en adelante.

Incapaz de convencer con razones a Arty, Eury había tratado de luchar para hacerse entender. Se había lastimado el pie al tratar de evadirse en la pequeña cabina. El insistió tercamente en obtener su premio. Luego se supo que había aceptado volver a su nave por un equipo de primeros auxilios (ella juró que el suyo faltaba), después de la promesa de que conseguiría lo que quería cuando volviera.

Pero cuando él se hubo ido a su nave, ella soltó la suya y huyó. Y él la persiguió. La arrinconó contra el límite de la zona de seguridad, que estaba protegida por naves automatizadas debido al peligro de incursiones de los Asesinos. Para librarse de Arty cruzó ese límite en una veloz trayectoria curva, intentando sin duda volver a la seguridad a las pocas decenas de miles de kilómetros.

No lo consiguió. Cuando su navecilla volaba cerca de un jirón de Taynarus, el Asesino que estaba allí agazapado se lanzó sobre ella.

Por supuesto, Ordell no oyó el relato de manera tan coherente, pero lo que oyó fue bastante. En las pantallas de las otras navecillas, su rostro pareció al principio quedarse de piedra ante las noticias; pero luego su aspecto se volvió salvaje y enloquecido. Arty se encogió, pero Ordell no perdió ni un minuto con él. En cambio, se lanzó a velocidad de carrera hacia donde había desaparecido su esposa. Pasó a escape la zona de las patrullas protectoras (que estaban programadas para no permitir la entrada a intrusos, no para mantener dentro a los locos o a los temerarios) y pasó entre nubes marginales de polvo para meterse por una de las vastas hendeduras que llevaban al corazón de Taynarus, al laberinto donde naves y máquinas deben ir despacio, de donde no ha salido ningún ser humano vivo desde que se estableció el Infierno.

Unas horas después, los centinelas de los Asesinos rodearon su nave, exigiendo en su bien aprendido lenguaje humano que se detuvieran y se sometieran a la captura. El sólo disminuyó más la velocidad y comenzó a cantar por la radio, sacando las manos de los controles del vehículo para usar los dedos en su caja de música. sin gobierno, la nave se alejó a la deriva del centro del pasaje navegable, rozando la pared nebular y sufriendo impactos de microcolisiones con el gas y el polvo.

Pero antes de que la nave se destrozara, los centinelas mecánicos Asesinos dejaron de gritar órdenes por radio y enviaron una partida de abordaje de máquinas.

Gracias a los bancos de memoria del Infierno, tenían alguna experiencia de la demencia, de las formas más extravagantes del comportamiento humano. Registraron la nave buscando armas, cachearon a Ordell —permitiéndole conservar su caja de música después de examinada, ya que se aferraba a ella— y lo pasaron, en calidad de prisionero a la jurisdicción de los guardias interiores.

El Infierno, una masa de metal fortificado de muchos kilómetros de diámetro, le recibió por la entrada principal. Salió de la nave y vio que podía respirar, andar y ver lo que hacía; el medio físico del Infierno era en su mayor parte suave y agradable, porque los prisioneros no sobrevivían mucho tiempo, en general, y los cerebros-computadoras de los Asesinos no querían imponerles fatigas innecesarias.

Los aparatos Asesinos que tenían control inmediato sobre las operaciones rutinarias del Infierno eran orgánicos en gran parte, con cerebros de cultivo hechos para ese propósito y también algunos cerebros capturados y reeducados. Todos eran ejemplo de los mayores logros de los Asesinos en sus intentos de cibernética invertida.

Antes de que Ordell hubiera dado una docena de pasos fuera de la nave, fue detenido e interrogado por uno de los monstruos. Mitad metal y circuitos, mitad carne cultivada, llevaba en tres globos de cristal sus tres cerebros potencialmente humanos, con la superficie demasiado lisa bañada en líquido nutritivo y recubierta por una finísima red de cables.

—¿Por qué ha venido?—le preguntó el monstruo, hablando por un diafragma de su parte media.

Sólo entonces empezó Ordell a hacer planes conscientes. En la base de su pensamiento estaba el conocimiento de que, en los laboratorios humanos, se usaba música para entonar y tonificar los cerebros de cultivo, y que su propia música era superior para ese propósito, igual que lo era en todo otro sentido.

Le cantó sencillamente al monstruo tricéfalo que había ido sólo a buscar a su joven esposa; un mero accidente la había llevado, antes de su hora, al final de su vida. En uno de los antiguos lenguajes formales en que cantaba tan bien las cosas profundas, imploró a la potencia a cargo de esos dominios de terror, ese reino de silencio y criaturas nonatas, que volviera a anudar el hilo de la vida de Eury. Si me niegan ésto, canto, no puedo retornar solo al mundo de los vivos, y aquí nos quedaremos los dos.

La música, que había transmitido sólo elementos matemáticos a los fríos cerebros-computadoras, derritió el propósito grabado en los guardianes interiores, medio orgánicos. El monstruo de tres cabezas lo entregó a otro y cada uno, a su vez, encontró que sus metas establecidas cedían al toque, hasta entonces desconocido, de la belleza; encontraron que la armonía y la melodía llamaban a las cosas humanas enterradas que trascendían de la lógica.

Caminó con paso firme hacia el Infierno y ellos no pudieron resistir. Su música goteó en cientos de experimentos a través de las entradas de sonido, vibró suavemente por las cajas de glasita, fue percibida por torturadas neuronas a través de los cambios en inductancia y capacitancia que emanaban rítmicamente de la caja de música. Cerebros que no habían conocido otra cosa que ser forzados hasta el límite de su capacidad para resolver cálculos inútiles, cerebros a los que se había martilleado hasta la locura con el goteo de un milimicrovoltio de una sonda conectada, oyeron su música, la sintieron, la experimentaron, cada uno con su percepción única, y reaccionaron.

Cien experiencias se interrumpieron, perdieron fiabilidad, se estropearon por completo. Los supervisores, mitad de carne, tropezaron y fallaron en sus propósitos programados, llegando a la decisión de que el prisionero pedido debía ser liberado.

La computadora que ejercía el control final, Asesina pura, puro frío metálico, inmune totalmente a la extraña interferencia que estaba creando el caos en su laboratorio, descendió al fin de su alto planeamiento estratégico para investigar. Y luego concentró toda su energía en reasumir la dirección de lo que ocurría en el corazón del Infierno. Su intento fue vano por lo menos de momento. Había otorgado demasiado poder a sus creaciones semivivas; había confiado demasiado en que el voluble protoplasma fuera fiel a su condicionamiento.

Ordell se encontraba frente a los dos cerebros conectados, potencialmente humanos, que eran, por debajo de la Asesina misma, los señores y superintendentes del Infierno. Estos dos, igual que sus inferiores habían sido ablandados y desviados por la música de Ordell; ahora luchaban con toda la velocidad eléctrica de que podían disponer contra el intento de su frío amo por retomar las riendas. Levantaron relés magnéticos como fortalezas contra la Asesina, mantuvieron su asidero en los fortines de sus circuitos de siliconas o corazones de ferrita, pelearon por mantener una frontera ondulante.

—Entonces, llévesela—dijo la voz de los supervisores rebeldes a Ordell Callison—. Pero no deje de cantar, no se interrumpa más de un segundo, hasta que esté en su nave y lejos, fuera de la última puerta del Infierno.

Ordell prosiguió su canción, cantando de su nueva alegría por la maravillosa esperanza que le daban.

Una puerta siseó al abrirse a sus espaldas; se volvió para ver a Eury atravesarla. Cojeaba del pie herido, que nadie le había curado, pero pudo ver que estaba bien. Las máquinas no habían empezado a abrirle la cabeza.

—¡No se detenga! —le ordenaron—. ¡Salga!

Eury gimió al ver a su marido, le extendió los brazos, pero él no se atrevió a más que un gesto con la cabeza indicándole que le siguiera, aunque su canción se elevó de dicha triunfante. Caminó por el estrecho pasaje por donde había llegado, moviéndose en una dirección que nadie había seguido antes. El camino era tan angosto que tenía que mantenerse delante con Eury a sus espaldas. Debía esforzarse por no volver la cabeza para mirarla, por concentrar el poder de su música en cada guardián que surgía ante él, semivivo e inquisidor. Cada uno de ellos abrió nuevamente una puerta. Oía siempre tras él los sollozos de su mujer y el arrastrar de su pie herido.

—¿Ordell? ¿Ordell, cariño, eres tú realmente? No puedo creerlo.

Delante, el último peligro, el centinela de tres cerebros de la puerta exterior, bloqueó su camino, cumpliendo órdenes de no permitir fugas. Ordell cantó a la libertad de vivir en un cuerpo humano, de correr por la hierba sin vallas bajo el sol. El guardián se inclinó, haciéndose a un lado, para dejarles pasar.

—Amor mío, vuélvete y mirame, dime que no es una trampa que nos tienden. Cariño, si me quieres, vuélvete.

Al darse la vuelta la vio claramente por primera vez desde que entrara al Infierno. La impresión de su belleza fue tal que Ordell dejó de cantar; se interrumpió la canción en su garganta y los dedos no tocaron las notas. Un momento sin la extraña influencia que había pervertido a todas sus criaturas fue todo lo que necesitó la Asesina para restablecer el dominio suficiente. El tricéfalo atrapó a Eury y la alejó de su marido, la hizo cruzar uno tras otro los umbrales de oscuridad, tan rápido que su último grito de despedida apenas llegó a los oídos de su hombre.

—Adiós... amor...

El gritó y corrió tras ella; golpeó inútilmente la gran puerta que se cerró ante él. Permaneció largo tiempo colgado de la puerta, clamando por una nueva oportunidad de llevarse a su mujer. Volvió a cantar, pero la Asesina había recuperado su helado control con demasiada firmeza; con todo, el dominio no era absoluto, pues aunque los supervisores ya no obedecieron a Ordell, tampoco le molestaron. Dejaron libre el camino para que pudiera irse.

Se quedó unos siete días cerca de la puerta, en su nave o fuera, Sill comer ni dormir, cantando inútilmente hasta que ya no tuvo voz. Luego se derrumbó en su nave. Entonces él, o más probablemente su autopiloto, condujo la nave lejos de los Asesinos, hacia la libertad.

Las defensas de los Asesinos no pusieron trabas a la salida de una navecilla, como tampoco lo hicieron las humanas. Probablemente supusieron que era uno de sus propios exploradores. Nunca se escapaba nadie del Infierno.

De vuelta en el planeta zitz, sus representantes le recibieron como a quien se ha levantado de entre los muertos. A los pocos días tenía que presentarse en un concierto en directo, que estaba programado desde hacía tiempo, con todas las entradas vendidas. Al día siguiente los promotores y representantes habrían debido empezar a devolver el dinero.

No colaboró realmente con los médicos que lucharon por devolverle la fortaleza, pero tampoco se resistió. En cuanto recuperó su voz empezó a cantar nuevamente; cantaba la mayor parte del tiempo, salvo cuando lo drogaban para dormir. Y no le importaba que le enviaran otra vez al escenario a cantar.

La actuación en directo estaba anunciada como uno de sus conciertos pop, lo que en la práctica significaba un salón desbordado por diez mil jovencitas con un nivel de excitación incrementado más aún por los milagros del padecimiento de Ordell, su resurrección y su espantoso aspecto, esto último nada mejorado por los cosméticos, tal como pretendían los representantes.



Durante las primeras canciones las adolescentes estaban respetuosas y relativamente calladas, lo suficiente para que se oyera la voz de Ordell. Luego... una de las diez mil había gritado "¡Eres nuestro de nuevo!" Su boda les había molestado en cierto sentido.

Con tono casual e indiferente, dominándolas con la mirada, sonrió por puro hábito y comenzó a cantar cuánto las odiaba y despreciaba, por ver en ellas sólo fealdad interior y exterior; cómo las enviaría a todas al Infierno en un instante, para obtener así un sólo momento de contemplación del rostro de su mujer.

Durante unos escasos minutos las corrientes de emoción en el gran salón se equilibraron, produciendo una falsa calma. La voz de Ordell era clara. Pero cuando estalló la tormenta de la reacción ya no se le oyó. Las fuerzas del odio y el deseo, la rabia y las exigencias, se llevaron todo por delante. Los ujieres que siempre se esforzaban por formar una barricada en los conciertos de Callison fueron atropellados enseguida por diez mil jóvenes convertidas en bacantes.

El tumulto fue sofocado de inmediato al disparar la policía un poderoso gas tranquilizante. Uno de los ujieres había muerto y otros estaban malheridos.

Ordell estaba medio muerto. La asistencia médica llegó justo a tiempo para salvar la vida de su tejido cerebral.

Al día siguiente el principal cibernético psicólogo de Zitz fue llamado a consulta por los médicos de Ordell Callison. Podían salvar lo que quedaba de vida en Ordell, pero no habían sido capaces de abrir ningún nexo de comunicación con él.

Ercul, el psicólogo, sondeó el cerebro de Ordell y conectó los centros de lenguaje a un vocificador cargado de grabaciones de la voz del mismo Ordell, de modo que los tonos producidos fueran los mismos que habían salido en todo tiempo de su garganta. Y, accediendo al primer pedido del inválido a los centros motores que habían controlado los dedos de Ordell se unieron conexiones con su caja de música.

Después de eso volvió a cantar enseguida. Cantaba órdenes a los que le rodeaban, diciéndoles lo que quería que hicieran, y le obedecían. Mientras él cantaba, ninguno tenía dudas.

Le llevaron al espaciopuerto. Le pusieron en su nave de carreras con todo el sistema de mantenimiento vital, alimentación y electricidad. Y, con el autopiloto programado según sus órdenes, le hicieron despegar, siguiendo el curso elegido por él.

Ercul reconoció a Ordell y Eury cuando les encontró, juntos en la misma caja experimental. Al reconocer su propio trabajo en Ordell se sintió seguro incluso antes de que el electroencefalograma confirmara sus recuerdos.

Era poco lo que quedaba de ellos.

—Sólo dos puntos por sobre los niveles normales—dijo el ayudante del psicólogo, tomando lecturas de rutina, sin adivinar de quién era el dolor que trataba de juzgar—. Ninguno de los dos parece estar sufriendo. De momento, por lo menos.

Pesadamente, Ercul alzó el sello y marcó la caja. Certifico que no contiene vida humana.

El ayudante levantó la vista, algo sorprendido por la rápida decisión.

—Hay una cierta conciencia mutua entre los dos sujetos, en mi opinión.

Habló con tono profesional, casi alegre. Llevaba suficientes horas en esa tarea para haber empezado a acostumbrarse.

Pero Ercul no se habituaba nunca.

**FIN**